

pluma y se lo contó todo en unas cuartillas redactadas con todo el esmero de que fue capaz. Unas cuartillas que, empezaban así: «Lo primero que hizo en Madrid fue llamar a su mujer; después, llamarla a ella. Mientras escuchaba la señal, reparó en la bolsa de plástico que había en el suelo...» y que, tras largos años de haber abandonado la pluma, le costaron gotas de sangre y sudor.

Lo demás no lo entendía. ¿Qué delito había cometido para recibir a vuelta de correo tantos reproches juntos? ¿Él, retorcido, tortuoso, desconfiado, inmaduro? ¿Qué significaba aquello de «la lastimosa lejanía de insuficiencias con que buscas la compasión, con que disfrazas tus ansias de dominio»? ¿Cómo convencerla ahora de que todo había sido pura invención, motivada por aquella noticia que alguien había creído oír por radio y madu-

rada, durante las seis horas interminables que duró la vuelta en autobús, por la lectura de un poema de Salinas? Aquel que dice:

«Te busqué por la duda:
no te encontraba nunca.

Me fui a tu encuentro
por el dolor.
Tú no venías por allí.

Me metí en lo más hondo
por ver si, al fin, estabas.
Por la angustia,
desgarradora, hiriéndome.
Tú no surgías nunca de la herida.
Y nadie me hizo señas
—un jardín o tus labios,
con árboles, con besos—;
nadie me dijo
—por eso te perdí—
que tú ibas por las últimas
terrazas de la risa,
del gozo, de lo cierto.
Que a ti se te encontraba

en las cimas del beso
sin duda y sin mañana.
En el vértice puro
de la alegría alta,
multiplicando júbilos
por júbilos, por risas,
por placeres.
Apuntando en el aire
las cifras fabulosas,
sin peso, de tu dicha».

¿Cómo no se había dado cuenta de que él sólo había pretendido jugar a hacer literatura igual que ella, quizás, había jugado a hacer el amor?

Todo trató de explicárselo en una larga y desesperada carta, pero jamás obtuvo contestación. Indudablemente, a quien los dioses quieren destruir, le ponen delante una cartera llena de billetes...

(Enero, 1988)

Ultimas horas de un caballero andante

Alfredo Montoya

AGONIZA el caballero, que tantas famosas aventuras ha vivido, y cuyo cautivo corazón tan largo tiempo ha pasado pendiente de la señora de sus pensamientos.

Es él quien agoniza; el mismo que salió un día al ancho mundo con la disposición de guerrear con gigantes y partirlos por mitad del cuerpo o bien rendirlos y mandarlos a hincarse de rodillas ante la su princesa; el mismo que, tiempo ha, embrazó su adarga y partióse a la luz de la aventura con grandísimo contento y alborozo; el que también hubo de sufrir desgracias incontables, combatiendo con desafortados jayanes que le hicieron rodar maltrecho bajo el embate de sus

brazos descomunales; el mismo, sí, que hizo yacer por el suelo la soberbia de los robadores de damas de singular fermosura; el que aventajó con sus hazañas las de los Doce Pares de Francia y aún las de los Nueve de la Fama; es ése el que agoniza.

Piensa por un momento el caballero rendir cuenta a sus deudos de su impostura andante. Pasa por sus mientes en el último trance revelar cómo se empeñó en tan formidables empresas no por otra razón que la de apartar el cuerpo y sobre todo el alma de la mala ruindad en que el mundo estriba. Siente el deseo de confesar que cambió molinos en gigantes, venteros en señores, bachilleros en esforzados caballeros, con tal de hurtarse a la absoluta poque-

dad de la vida que corre. Quema sus labios el propósito de revelar en la grave hora del fin cómo la necesidad de su corazón desamparado le hizo inventar el dulce fingimiento de su princesa amada.

Piensa por un momento el caballero, cuando con claridad advierte el acabamiento de su vida, en relatar a todos la verdad de su historia: que estando cuerdo se fingió demente, sólo por habitar un mundo más suave y vividero, sólo por alentar ilusiones más altas.

Mas el viejo señor, que está cansado y que de la ficción ha hecho hábito, obra una caridad postrera y dice, apagando los ojos: «Viví loco pero, Dios sea loado, muerdo cuerdo». Así contenta a todos.